



Por una parte, me llamaba Dios; por otra, yo seguía al mundo

[ Audio [SoundCloud](#)]

[ Audio [G Drive](#)]

La conversión del hombre a Dios tiene una gran importancia en la doctrina de Santa Teresa. Ella es consciente de ser una pecadora que se ha convertido, y, además, tarde. Ella misma nos cuenta, y como hace siempre en sus escritos, es muy honesta al hablar de las debilidades y pecados, y se sincera al contar sus errores. Lo que más le cuesta es hablar de lo bueno que hay en ella, pero de sus defectos no le importa y se considera ruin. Nos da a conocer cuáles fueron los descuidos que retrasaron su conversión durante tanto tiempo. [...] Aunque había empezado bien en sus primeros años en la Encarnación, pero se fue frenando poco a poco, y fue en gran parte por culpa suya, y son, posiblemente cuando pasó los años más duros de su vida, llevando esta vida disipada:

«Pasaba una vida trabajosísima, porque en la oración entendía más mis faltas. Por una parte, me llamaba Dios; por otra, yo seguía al mundo. Dábanme gran contento todas las cosas de Dios; teníanme atada las del mundo. Parece que quería concertar estos dos contrarios tan enemigo uno de otro como es vida espiritual y contentos y gustos y pasatiempos sensuales. En la oración pasaba gran trabajo, porque no andaba el espíritu señor sino esclavo; y así no me podía encerrar dentro de mí (que era todo el modo de proceder que llevaba en la oración) sin encerrar conmigo mil vanidades. Por no estar arrimada a esta fuerte columna de la oración, pasé este mar tempestuoso casi veinte años, con estas caídas y con levantarme y mal pues tornaba a caer y en vida tan baja de perfección, que ningún caso casi hacía de pecados veniales, y los mortales, aunque los temía, no como había de ser, pues no me apartaba de los peligros. Sé decir que es una de las vidas penosas que me parece se puede imaginar, porque ni yo gozaba de Dios ni traía contento en el mundo. Cuando estaba en los contentos del mundo, en acordarme lo que debía a Dios era con pena; cuando estaba con Dios, las aficiones del mundo me desasosegaban. Ello es una guerra tan penosa, que no sé cómo un mes la pude sufrir, cuánto más tantos años. Más de dieciocho años pasé esta batalla y contienda de tratar con Dios y con el mundo» (Vida 8,2-3).

Es aquí donde la Santa nos cuenta su vida dividida entre los caminos de Dios y las ataduras del mundo, una «*vida trabajosísima*», y de «*mar tempestuoso*», de «*guerra tan penosa*», y una verdadera «*batalla y contienda*»: No una temporada, sino años y muy duros.

«Pasé así muchos años, que ahora me espanto qué sujeto bastó a sufrir que no dejase lo uno o lo otro. Bien sé que dejar la oración no era ya en mi mano, porque me tenía con las suyas el que me quería para hacerme mayores mercedes» (Vida 7,17).

Se encontraba entre el mundo y Dios, con deseos de bien, pero sin determinarse a cambiar.



San Ignacio lo llama desolación. En las reglas para sentir lo que sucede en el alma, en la tercera (E.E. nº 317) dice: «Llamo desolación... así como oscuridad del alma, turbación en ella, inclinación por las cosas bajas y terrenas, inquietud de varias agitaciones y tentaciones, moviendo a desconfianza, sin esperanza, sin amor, hallándose el alma toda perezosa, tibia, triste y como separada de su Criador y Señor».

¡Muy importante! Esto creaba Santa Teresa verdadera angustia, insatisfacción de vida, no estaba a gusto, ella tenía deseo de salir, de reformarse definitivamente, anhelaba abandonar esta enojosa situación:

«Quisiera yo saber figurar la cautividad que en estos tiempos traía mi alma, porque bien entendía yo que lo estaba... Suplicaba al Señor me ayudase» (Vida 8,11-12).

Esta situación no era de pecado mortal, sino de lucha por ser mejor, luego, no va dirigida solo a quienes pudieran estar en pecado mortal, sino a quienes trabajan por ser santos. En este estado o parecido, nos podemos encontrar nosotros. Y si es esta, o parecida nuestra experiencia, durante los ejercicios es el momento de pararnos a buscar soluciones como la Santa nos propone:

«Miré los grandes talentos que tenía para aprovechar mucho, si del todo se diese a Dios» (Vida 34,7).

Con los talentos que tengamos cada uno, todos podríamos aprovechar mucho, «si del todo nos diésemos a Dios». Y con este fin hacemos ejercicios espirituales, para salir de la tibieza, y buscar siempre lo que Dios quiere de nosotros, su voluntad.

«Deseo grandísimo... siento en mí, que tenga Dios personas que con todo desasimiento le sirvan y que en nada de lo de acá se detengan... porque veo yo que haría más provecho una persona del todo perfecta, con hervor verdadero de amor de Dios, que muchas con tibieza» (Cuentas de conciencia 3,7).

La Santa nos avisa, porque cada uno tenemos talentos para ser santos, a cada uno los que Dios nos ha dado, de no ser así, no nos lo pediría a todos, luego, por eso nos advierte:

«Querriales mucho avisar que miren no escondan el talento..., en especial en estos tiempos que son menester amigos fuertes de Dios para sustentar los flacos» (Vida 15,5).

Todos tenemos experiencia que al principio en la vida espiritual suele ser un camino de rosas, se goza bastante porque se hacen fáciles las cosas de Dios, la oración, la mortificación, la lectura espiritual, las demás virtudes, la confesión, etc. Pero por regla general, esto se acaba en un momento concreto, a unos antes y otros más tarde, pero suele suceder, y es cuando nos metemos en un estado de aridez de la que tanto han hablado los santos, algo que puede depender de causas muy distintas.

a) Unas veces, la más frecuente, suele ser por falta de fidelidad de nuestra parte. Cosas del mundo, sin ser muy graves, pero que son deseos de gustar de pequeñas satisfacciones, vanidades, pasatiempos, curiosidades, en definitiva amor propio. Y poco a poco se va perdiendo el gusto por la



oración, se va aflojando en la mortificación. Y ¿qué hacer?, solo queda el remedio de «*volver al amor primero*», del que nos habla el Apocalipsis, cuando reprocha a la Iglesia de Éfeso: «*Tengo contra ti que has perdido tu amor de antes*» (Ap 2,4). Esto hay que hacerlo deprisa, antes de que sea demasiado tarde para el fervor, sabiendo que el Señor está dispuesto a perdonarnos, por lo que no cabe desánimo sino fortaleza.

b) Otras veces, este estado de aridez, puede ser por el cansancio, la mala salud, el nerviosismo por los problemas que nos acechan, es decir, no querido por nosotros. Y esto, puede hacer desaparecer el gusto por las cosas espirituales, ni se siente consuelo, ni atractivo por rezar, y menos por mortificarnos. El avance en la vida espiritual, no podemos valorarlo si sentimos consuelos o aridez, nos podemos equivocar, porque la verdadera devoción se mide únicamente por la prontitud de nuestra voluntad de amar intensamente a Dios. Aquí, sobre todo, mucho amor a Dios. Nada podemos solos. Pero, «*todo lo podemos en Aquel que nos conforta*» (Flp 4,13). Cuando hay montañas de dificultades hay que entender que así el Señor permite probar nuestra confianza en él.

Lo que no debemos dudar nunca es que Dios nos quiere santos, es decir, convertidos. Y Dios lo quiere ahora, no vayamos a caer en el error de pensar que con que podamos convertirnos a la hora de morir sería suficiente. Esto es muy grave, porque puede ser que nos sorprenda la muerte y no hayamos hecho el trabajo: «*Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto*» (Mt 5,48). Dios lo quiere ahora y es momento de meditarlo en ejercicios, porque se acaba la vida, y no habrá tiempo.

«¡Oh almas redimidas por la sangre de Jesucristo! ¡Entendeos y habed lástima de vosotras! ¿Cómo es posible que entendiendo esto no procuráis quitar esta pez de este cristal? Mirad que, si se os acaba la vida, jamás tornaréis a gozar de esta luz. ¡Oh Jesús, qué es ver a un alma apartada de ella!» (1Moradas 2,4).

†

Solo Dios basta, ... ¡Ave María y adelante!